

RESEÑAS

DOI: 10.36446/af.e1313

Saúl Pérez-González, Víctor J. Luque y Joan Gimeno-Simó (Eds.), *Karl Popper, Herencia y actualidad*, Valencia, PUV, 2024, 282 pp.

Karl Popper: Herencia y actualidad es un volumen colectivo editado por la Universitat de València que, en nueve capítulos, ofrece un examen riguroso y conceptualmente claro de los principales aportes y problemas del pensamiento popperiano. Profundiza en aspectos específicos de sus ideas, su impacto en filósofos y científicos de su época y su influencia en debates actuales. Por su claridad y solidez, es también una valiosa guía para quienes se inician en su obra.

Usualmente se sostiene que las tesis políticas de Popper derivan de aplicar el falsacionismo a la reflexión filosófica sobre la sociedad. Sin embargo, en el primer capítulo —«La *Logik der Forschung* como constitución científica»— Jesús Zamora Bonilla examina y critica la lectura inversa propuesta por Ian Jarvie. Este invierte la relación tradicional: la filosofía de la ciencia popperiana derivaría de sus reflexiones políticas. Las reglas metodológicas para evaluar teorías científicas se conciben como un acuerdo ideal de la comunidad científica. Se propone una constitución de la República de la Ciencia, entendida como un contrato social implícito que funda la práctica científica y que cada individuo aceptaría al convertirse en científico.

Para Jarvie, la ciencia está hecha por científicos de carne y hueso, y de esa condición surgen muchos problemas. Zamora Bonilla advierte que las normas de la constitución científica son rígidas y no garantizan teorías más falsables, pues los científicos pueden perseguir objetivos ajenos a la falsabilidad, y que exijan otras normas.

Como conclusión, Zamora Bonilla propone, desde la teoría económica de la constitución, cómo los científicos —de manera similar a cómo las leyes y costumbres se establecen en una república realmente existente— preferirían racionalmente adoptar una constitución científica distinta de la propuesta por Popper.

Me resulta especialmente sugerente esta interpretación, que enfatiza que la ciencia está hecha por científicos de carne y hueso. Se trata, en cierto sentido, de una vuelta de tuerca que aproxima —aunque resulte polémico— el pensamiento de Popper a la filosofía historicista de la ciencia, tradicionalmente presentada como su antagonista. Aquí, las descripciones logicistas de Popper aparecen como el resultado de un acuerdo

político. Aunque no sea el Popper habitual ni su propósito declarado, esta interpretación pone de relieve la riqueza de su pensamiento. Y ello constituye una muestra elocuente de la versatilidad y la potencia del legado popperiano.

En el segundo capítulo, «Los empiristas lógicos y la justificación *a priori* de principios normativos», Jordi Valor examina las dificultades que enfrentaron los empiristas lógicos para justificar el significado de las proposiciones universales, en particular aquellas que enunciaban sus propias tesis sobre el significado. Principalmente, el texto se centra en la respuesta a las críticas que los acusaban de incoherencia, al no cumplir sus principios con los criterios que ellos mismos proponían.

La primera sección expone cómo los empiristas lógicos entienden la tarea filosófica: clarificar el significado de las proposiciones mediante el principio de verificación, según el cual toda proposición significativa debe derivarse de proposiciones observacionales. La sección concluye con Popper criticando este criterio, ya que deja sin significado a las proposiciones universales —y, en particular, las leyes naturales—, al no poder deducirse lógicamente de observaciones.

Las secciones segunda y tercera presentan cómo los empiristas lógicos intentaron resolver el problema del significado, tratando a las leyes naturales como reglas y viendo el principio de verificación como una propuesta. Sin embargo, esto abre una nueva dificultad: ¿cómo debe entenderse el significado de una regla o de una propuesta? Carnap intenta ofrecer una teoría del significado que es una invitación a adoptar un determinado marco lingüístico.

Para finalizar el capítulo, en la última sección, Valor señala brevemente un problema que nunca obtuvo una solución clara por parte del empirismo lógico: la incapacidad para explicar adecuadamente, a pesar de la propuesta de Carnap, el significado de una proposición cuando esta es entendida como una propuesta.

En general, sin perder un ápice de calidad, el capítulo me parece un cierto desvío respecto del objetivo central del volumen. Aunque nos sitúa en una de las discusiones más relevantes del corpus popperiano, las propuestas específicas de Popper no constituyen aquí el foco principal. Terminamos, así, conociendo más sobre el empirismo lógico que sobre el propio Popper.

El tercer capítulo, «Ciencia y pseudociencia: Popper y nuevos enfoques», de Germán Guerrero Pino y J. Isaac Racines C., trata el problema popperiano de la demarcación entre ciencia y pseudociencia. La primera sección define pseudociencia y la distingue de la ciencia, diferenciando también entre pseudoteorías (como la cienciología) y negacionismo científico (como el negacionismo de las vacunas).

De la segunda a la cuarta sección, los autores examinan el criterio de demarcación. En la sección segunda, se expone el problema de la inducción y la crítica de Popper a la solución de Hume. Luego, se explica cómo, a partir del falsacionismo, se soluciona el problema proponiendo que las leyes naturales no pueden verificarse, pero sí refutarse con observaciones singulares. Con ello, se caracteriza a las ciencias como falsables y a las pseudociencias como no falsables, además de guiadas por una actitud dogmática.

Para finalizar, en las secciones quinta y sexta, se exponen críticas al criterio popperiano de demarcación y se proponen requisitos que toda propuesta demarcacionista debería cumplir. Se sugieren rasgos comunes en la práctica científica que, aunque no definitivos, ayudan a diferenciar ciencia de pseudociencia.

A mi modo de ver, este capítulo es especialmente relevante en el contexto cultural actual, marcado por el auge de movimientos negacionistas de los conocimientos científicos establecidos, con consecuencias graves para la ciencia, la educación, la economía, la política, y la salud pública. A ello se suma la comercialización masiva de pseudoteorías difundidas por redes sociales. Esta situación alarmante pone de manifiesto la vigencia del pensamiento popperiano y su compromiso con una sociedad racional y crítica. Urge poner en práctica su proyecto de demarcación, reconociendo sus fundamentos y límites, para abordar con rigor filosófico y base científica los fenómenos culturales actuales.

En el marco de la polémica entre Popper y la filosofía historicista de la ciencia —encarnada en las figuras de T. S. Kuhn y P. K. Feyerabend—, las posiciones de ambos bandos suelen ser reducidas a interpretaciones extremadamente simples. En el cuarto capítulo, «La revuelta historicista frente a Popper», María Caamaño Alegre se propone precisamente contrarrestar esta tendencia. Según sus propias intenciones, el objetivo del capítulo es ofrecer una lectura más sutil de los argumentos propuestos por Popper, Kuhn y Feyerabend. Esta lectura conduce a la conclusión de que Popper es un pragmático encubierto, Kuhn un falsacionista riguroso y Feyerabend un criticista entusiasta.

Para lograr este cometido, el capítulo se divide en tres secciones. En la primera de ellas, cuestiona la simplificación en la contraposición entre Popper, Kuhn y Feyerabend. En la segunda sección, se aborda uno de los desacuerdos genuinos entre Popper, Kuhn y Feyerabend: el reconocimiento de la problematicidad de la base empírica. Finalmente, en la tercera sección, se exploran los límites del falsacionismo popperiano, los cuales se manifiestan en la dificultad de integrar plenamente este enfoque en la práctica científica.

Al igual que en el primer capítulo, pero lejos de presentarse como una interpretación más entre tantas, la lectura ofrecida por Caamaño Alegre muestra que Popper puede ser pensado desde una vuelta de tuerca que complejiza su figura, alejándonos así de las interpretaciones simplificadas. Considero, además, que este capítulo constituye una muestra elocuente de la originalidad del volumen, pues permite conocer, en distintos niveles teóricos, a un Popper renovado.

En el quinto capítulo, «Predicción y acomodación en la tradición popperiana», Valeriano Iranzo aborda la distinción entre predicción y acomodación en el contexto de las teorías científicas. Las teorías científicas explican fenómenos conocidos, pero también pretenden predecir fenómenos aún desconocidos.

El cumplimiento de una predicción novedosa debe valorarse epistémicamente por encima de la simple acomodación de la evidencia. Esta postura se conoce como predictivismo, y en el caso de Popper, él adopta una versión radical de dicha posición. Esta cuestión es desarrollada en detalle en la primera sección del capítulo.

En las siguientes dos secciones, Iranzo analiza cómo entienden la novedad K. Popper, I. Lakatos y J. Worrall. Iranzo sostiene que la versión popperiana del predictivismo es insostenible.

En la última sección se evalúa la influencia de la discusión desarrollada en el capítulo. Aunque el debate actual excede los desarrollos popperianos, sigue siendo deudor de ellos. Pese a que hoy la posición de Popper carezca de defensores y existan múltiples alternativas, fue él quien sentó las bases de la discusión vigente. Esto confirma el espíritu del volumen: incluso sin diálogo explícito, la huella intelectual de Popper sigue siendo ineludible y es, a mi modo de ver, uno de sus aspectos más destacables.

Popper concedió una gran importancia a la historia de la filosofía, y específicamente a la filosofía presocrática, al momento de comprender la génesis del falsacionismo. El sexto capítulo, «El interés de Popper por la filosofía presocrática», escrito por Sergi Rosell, tiene por objetivo analizar las contribuciones de Popper a la comprensión de la filosofía presocrática y cómo, según él, esta respalda sus propias ideas.

El capítulo aborda dos cuestiones que se proponen como complementarias: el aporte exegético de Popper a la comprensión de la filosofía presocrática y su uso para defender su propia concepción de la racionalidad y del método científico. Todo ello sin dejar de lado la evaluación de si estas dos cuestiones son efectivamente complementarias.

Para alcanzar estos objetivos, el capítulo se organiza así: primero, examina el principio historiográfico, la propuesta metodológica de Popper para abordar exegéticamente la historia de la filosofía; luego, sopesa su

contribución al estudio de la filosofía presocrática; y finalmente, estima el impacto de esta labor en la defensa de su concepción de la racionalidad y del método científico.

El capítulo concluye que las dos cuestiones mencionadas anteriormente no son efectivamente complementarias, ya que la exégesis popperiana no es histórica en sentido estricto y, por ello, no brinda el respaldo histórico que Popper buscaba para su propia concepción de la racionalidad y del método científico.

A mi entender uno de los mayores aciertos del capítulo es la presentación del principio historiográfico (este consiste en formular conjeturas interpretativas que, aunque no se basen directamente en la evidencia textual, deben evitar contradecirla; la evidencia textual sirve solo para refutar tales conjeturas), pues revela a un Popper multifacético, siempre crítico y racional, interesado no solo en los aspectos lógico-metodológicos de la ciencia, sino en toda actividad intelectual humana, incluido el quehacer de la historia de la filosofía.

La interpretación de la probabilidad oscila entre una interpretación subjetiva (en tanto grado de conocimiento) y una objetiva (en tanto hecho del mundo). Para Popper, esta oscilación genera una inestabilidad en el razonamiento científico, dando lugar a un doble lenguaje en física: se explican hechos objetivos sobre el mundo apelando a la medida del grado de nuestro conocimiento.

Ante esto, Popper propone una interpretación objetiva: la interpretación propensivista. Según esta, los objetos tienen la disposición a producir ciertos resultados, medibles por la observación de las frecuencias relativas de sus resultados efectivamente manifestados, las cuales constituyen, precisamente, las probabilidades.

En el séptimo capítulo, «Popper y la interpretación propensivista de la probabilidad», Charles Pence expone cómo Popper rechaza las interpretaciones subjetivas y la corriente principal de las objetivas. Luego analiza los puntos más controvertidos del propensivismo: la naturaleza de las propensiones y, derivado de lo anterior, su difícil relación con los axiomas de la probabilidad de Kolmogorov. Finalmente, vincula la interpretación propensivista con los desarrollos recientes sobre eficacia biológica en la filosofía de la biología.

Si bien el capítulo dedica una sección a la cuestión sobre la naturaleza de las propensiones, la ausencia de una definición precisa de propensión evidencia que se trata de un problema que ha quedado inconcluso, y que la sección resulta, en este sentido, débil. Sé que no es el foco central del capítulo, pero considero que se trata de una cuestión de enorme relevancia que habría merecido un tratamiento más exhaustivo. Dado que existen

desarrollos actuales sobre el tema, eché en falta alguna referencia a las discusiones más recientes en, por ejemplo, la metafísica analítica contemporánea —de la cual Popper, en general, no habría visto con malos ojos su orientación científicamente informada— que podrían establecer conexiones fructíferas que ayudarían a evitar los problemas comentados.

La historia de la mecánica cuántica está marcada por una dicotomía entre interpretaciones objetivas y subjetivas. En el octavo capítulo, «El observador en la teoría cuántica», Vicent Picó analiza, desde la perspectiva de Popper, las cuestiones ontológicas y epistemológicas planteadas por el rol del observador y el papel de la observación en relación con el acto de medición de un sistema cuántico.

Popper propone una interpretación objetiva de la mecánica cuántica, donde el observador no tiene rol alguno, y el acto de medir proporciona información objetiva del sistema cuántico. A lo largo del capítulo, se repasa la evolución de esta postura a través de sus obras, analizadas en cada sección. Se inicia el análisis con la obra *La lógica de la investigación científica*. Posteriormente, se analiza el artículo *Quantum Mechanics without the Observer*. Finalmente, le corresponde el análisis al tercer volumen de la obra *PostScript: Twenty Years After*.

Más allá del enfoque monográfico, el capítulo cierra con una revisión de la herencia y la vigencia de los aportes de Popper a las cuestiones filosóficas de la mecánica cuántica, desde una perspectiva práctica. Como es habitual en su obra, sus ideas despertaron tanto adhesiones como críticas, esta vez entre los físicos de su época, lo que dio lugar a experimentos en debate aún hoy. Este hecho subraya que, más allá de su influencia filosófica, el pensamiento de Popper tuvo un impacto real en la ciencia, trascendiendo la mera discusión teórica.

Otro punto a destacar es que, a lo largo de este capítulo, se retoma la teoría propensivista, lo que, a mi juicio, constituye un punto a favor del texto porque evidencia la coherencia entre los capítulos y la organicidad de la obra.

Popper era consciente de que la biología evolutiva no encajaba del todo con su epistemología falsacionista. Para superar esta tensión, y teniendo en cuenta los éxitos de la biología evolutiva en el siglo XX, elaboró a lo largo de su carrera diversas estrategias argumentativas (llamadas fase histórica, fase lógica y fase metafísica) orientadas a compatibilizar los anteriores.

En el noveno y último capítulo de este volumen, titulado «Popper sobre los sintéticos *a priori* en biología», Lorenzo Baravalle ofrece, en la primera sección, una breve panorámica de dichas estrategias. A continuación, en la sección siguiente, se centra en la fase metafísica, pues, según el

autor, en dicha fase Popper no solo proporciona una concepción metateórica correcta de la biología evolutiva, sino que también se compromete con la existencia de leyes sintéticas *a priori* en la misma. Estas leyes son de gran importancia —como se mostrará en la tercera sección—, ya que no son exclusivas del caso de la biología evolutiva, al caracterizar a todas las teorías científicas maduras (por ejemplo, la teoría física). Estas leyes no ofrecen afirmaciones empíricas específicas sobre el mundo, sino que establecen las condiciones de posibilidad para su conocimiento, proporcionando un marco explicativo que indica qué buscar y qué regularidades empíricas formular. Esto se traduce en que toda teoría científica madura contendría elementos *a priori* no falsables y elementos empíricos falsables.

Finalmente, la última sección deja en claro los límites del proyecto falsacionista popperiano; de este modo el volumen propone un cierre tan interesante como polémico, pues no solo enfrenta dificultades para dar cuenta plenamente de la biología evolutiva, sino que también evidencia su límite absoluto frente a cualquier teoría científica madura, siempre compuesta por elementos *a priori* no falsables. Estos elementos le asestan el golpe de gracia, mostrando que el falsacionismo tiene un ámbito de aplicación más reducido de lo que Popper suponía.

Para cerrar, aunque se echa en falta un capítulo sobre el problema mente-cuerpo —tema abordado por Popper, no exento de polémica—, esta omisión no opaca el valioso recorrido conceptual del volumen. Por ello, tanto quienes busquen debatir la actualidad del pensamiento popperiano como quienes quieran adentrarse en un autor sistemático y polémico —capaz de mostrar la complejidad de lo aparentemente evidente: el hecho de que toda actividad humana conlleva inevitablemente la posibilidad de error— hallarán aquí una guía que cumple con creces sus objetivos. (*Esteban Diego Ortiz Medina, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina, edeoeme@gmail.com*)

Recibido el 14 de agosto de 2025; aceptado el 26 de agosto de 2025.